

Adam Haslett

IMAGINA QUE NO ESTOY

Traducido del inglés por Ismael Attrache

Título original: *Imagine Me Gone*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Adam Haslett
© de la traducción: Ismael Attrache Sánchez, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-697-4

Depósito legal: M. 6.109-2017

Printed in Spain

Para Tim

Es posible que toda la música, incluso la más nueva, no sea tanto algo que se descubre como algo que resurge de donde estaba enterrada en la memoria, inaudible como una melodía grabada en un disco de carne.

JEAN GENET

Alec

Cuando salí de la cabaña, la blancura me cegó. El jardín cubierto de nieve brillaba a pleno sol. De los carámbanos que se extendían a lo largo del tejado de la caseta goteaba agua fundida. Me dio la impresión de que los abetos, que antes se alzaban inmóviles y negros frente al cielo gris, habían vuelto a cobrar vida, que presentaban un aspecto verde y húmedo bajo la luz nueva. Las huellas que Michael y yo habíamos dejado en el camino nevado estaban deshaciéndose, convirtiéndose en óvalos sobre el empedrado. Bajo nuestras pisadas del sendero de entrada, distinguí gravilla por primera vez desde que habíamos llegado. Había hecho un frío glacial durante semanas, pero ahora se había producido aquel deshielo de cembrino. No estaba seguro de qué día era, ni qué hora, solo sabía que ya tenía que haber pasado bastante tiempo desde el mediodía.

Al otro lado de la carretera se veía la furgoneta del joven langostero. Se filtraba agua marrón por el barro helado que el vehículo llevaba pegado al chasis. La lona roja que tapaba su pila de leña se vislumbraba a través de una cúpula de nieve que se iba fundiendo. Pendiente arriba, por el tejado de su casita de estilo típico de Nueva Inglaterra, el humo salía de la chimenea y ascendía hacia el azul puro.

Tenía que llamar a mi hermana. Tenía que contarle lo que había sucedido. Ya habían pasado varias horas y todavía no había hablado con nadie.

Eché a andar en dirección al pueblo. Pasé por delante de las residencias de verano que estaban cerradas durante la temporada, y también junto a las casas de parejas de ancianos jubilados, con porches acristalados y las luces encendidas todo el día tras cortinas de cretona. En aquel frío intenso, no había oído nada a lo largo del paseo; pero entonces me llegó el sonido del arroyo que atravesaba el bosque, que también discurría por debajo de la carretera y que desembocaba en la playa de piedras. Percibí el graznido de las gaviotas e incluso el goteo del agua al pie de los bancos de nieve; cada riachuelo iba arrastrando a su paso franjas de sal seca de la acera.

Quise oír la voz de Seth. Quise escuchar cómo me contaba lo que estaba haciendo ese día, o solamente lo que había desayunado, y que me hablara de los planes que nos preparaba a los dos para el momento en que yo volviera. Así podría anunciarle que los problemas se iban a arreglar, que ya podíamos estar juntos sin interrupciones. Pero tampoco había sido capaz de obligarme a llamarlo.

En cuanto lo dijese, aquello pasaría a ser verdad.

Seguí caminando con la cremallera del abrigo bajada, sin gorro ni guantes, casi con calor bajo el sol. En ese momento, en San Francisco, mi hermana ya se habría despertado, habría salido y estaría yendo en el Mini a la oficina, o ya habría llegado. Mi madre estaría haciendo recados o habría quedado a comer con alguna amiga, o estaría paseando con aquel tiempo estupendo, mientras pensaba con preocupación en el viaje que Michael y yo habíamos hecho a Maine y se preguntaba cuánto debía esperar antes de llamarnos otra vez.

En el cruce con la carretera principal que llevaba al pueblo llegué a la vieja iglesia baptista. Las altas vidrieras rectangu-

lares de la nave desprendían un resplandor rojo y naranja que parecía salir del interior. Casi dolía mirar el campanario de listones blancos, que se recortaba contra el brillo del cielo. Me pregunté si el langostero y su mujer acudirían a ese templo; o si únicamente había estado de pequeño con su padre, o su abuelo, o si quizá nunca había ido a la iglesia.

El sonido que había hecho el hombre al cortar leña en su camino de entrada había sacado de quicio a Michael. El ritmo lento de lo que se iba partiendo. Eso había hecho que Michael se levantara del sofá y se acercara a la ventana del comedor a observar y a musitar unos insultos.

«¿Por qué no puede ese sonido volver a provocar lo mismo?», pensé en medio del carácter onírico de aquel momento, aquel estado irreal de ser aún el único que lo sabía. ¿Por qué ese sonido ya no podía suscitar una reacción en Michael? Fastidiarlo, perforarle los oídos. ¿Por qué no? ¿Qué tipo de persona era yo si no intentaba al menos revivirlo?

Me di la vuelta y empecé a desandar lo andado a toda prisa, por el trecho de carretera que iba bajando a la costa; luego subí la pequeña cuesta que llevaba al terreno más elevado, impulsado por la posibilidad de volver a iniciar el día.

Lo primero que pensé fue que la mente me estaba engañando cuando, al recorrer la curva, vi al langostero (solo era un par de años menor que yo), que bajaba por su jardín delantero con una cazadora Carhartt y una gorra de béisbol. Aceleré el paso para acercarme a él, pues pensé que desaparecería si no lograba alcanzarlo a tiempo. Sin embargo, se detuvo a pocos metros del camino de entrada y se puso a contemplar cómo me aproximaba a su furgoneta. Al llegar, apoyé una mano en la puerta trasera para recobrar el equilibrio.

En el mes que habíamos pasado allí, ni Michael ni yo habíamos cruzado una sola palabra con él.

Nos quedamos así unos instantes, cara a cara. Él tenía los brazos pegados a los costados. Su rostro barbudo mostraba una inmovilidad extraña.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me preguntó en un tono lento y receloso que convertía esa pregunta en una suerte de amenaza.

Señalé la cabaña con un ademán de cabeza y dije:

—He estado alojándome ahí.

—Ya —contestó—. Os he visto a los dos.

Quise pedirle que se acercara. Me hacía falta tenerlo lo bastante cerca para darle un golpe. O para echarme en sus brazos.

—Ha pasado una cosa —dije, por primera vez en voz alta—. Mi hermano...

Acércate. Por favor, acércate. Pero no lo hizo, se quedó como estaba, con los ojos entrecerrados, sin saber qué nos sucedía ni a él ni a mí.

Michael

Hola. Este es el contestador del doctor Walter Benjamin. Ahora mismo no estoy en la consulta. Si es usted uno de mis pacientes, le ruego que deje su nombre, un mensaje muy breve y su número de teléfono, aunque crea que ya me lo ha dado, puesto que quizá no lo tenga a mano. Le devolveré la llamada lo antes posible. Tenga en cuenta que no estoy en la consulta ni los viernes, sábados, domingos, lunes, martes, miércoles ni los jueves, y que los mensajes que se dejen en esos días se contestarán al lunes siguiente.

Si se trata de una emergencia y se ha ido usted sin querer de vacaciones con su hermano menor, con la esperanza de poder finalmente despegar la mirada de las escenas que ha estado contemplando fijamente toda la vida, pero después resulta que una tormenta procedente del paraíso se le queda enredada en las alas, por culpa de la cual lo único que puede ver son los restos siniestrados del pasado amontonados delante de usted, una única catástrofe sin futuro, le ruego que cuelgue y se ponga en contacto con mi servicio de contestador.

Por último, si llama para solicitar una nueva receta de un medicamento que necesita para sobrevivir, y le preocupa que la

petición no me llegue a tiempo, y le parece probable que lo que está a punto de decirle a este contestador sean sus últimas palabras, le ruego que sea consciente de que sin duda se ha esforzado usted muchísimo, y de que ha querido a su familia todo lo que ha podido.